



Revista Electrónica de Psicología Iztacala



Universidad Nacional Autónoma de México

Vol. 18 No. 2

Junio de 2015

NOTAS SOBRE EL AFECTO EN PSICOANÁLISIS

Héctor Oscar Becerra¹

Fundación Las manos del Música
Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

Este escrito desarrolla el pasaje que se produce desde la psicología de la conciencia al psicoanálisis ubicando dos momentos históricos y dos referentes como son la psicología de San Agustín en el Siglo V y el psicoanálisis freudiano en los albores del Siglo XX. Se ha desarrollado la metamorfosis que sufren determinados conceptos teóricos, ya que resulta llamativo la forma como una ciencia moderna construye su andamiaje conceptual a partir de nociones teóricas que toma prestadas de otras ciencias. Pero, el deslizamiento de una teoría a otra no obedece sólo a razones históricas, o concluye en que una teoría le presta sus conceptos a la otra. Asistimos a lo que los epistemólogos denominan refutación de una teoría. Como consecuencia de su práctica clínica Freud se ve necesitado de formular la noción de trauma para dar cuenta de la insuficiencia del aparato psíquico para elaborar lo que sucede en la realidad exterior. Con la noción de trauma Freud anticipa lo que hoy la ciencia denomina discontinuismo, un concepto para dar cuenta de lo real; es decir, lo incognoscible.

Palabras clave: discontinuismo, Freud, psicoanálisis, psicología de la conciencia, San Agustín, trauma.

¹ Licenciado en psicología. Doctorando en epistemología e historia de las Ciencias. Psicólogo clínico e investigador en la Fundación Las Manos del Música. Correo electrónico becerrahector@gmail.com

NOTES ON AFFECT IN PSYCHOANALYSIS

ABSTRACT

This paper develops the passage is from the psychology of consciousness psychoanalysis locating two historical moments and two references such as the psychology of St. Augustine in the V century and Freudian psychoanalysis in the early twentieth century. We have developed the metamorphosis experienced by specific theoretical concepts, as it is striking how modern science builds its conceptual framework from which it borrows technical concepts from other sciences. But the shift from one theory to another not only due to historical reasons, and concludes that a theory inherited concepts. We witness what epistemologists call refutation of a theory. Following Freud

clinical practice is needed to formulate the notion of trauma to account for the failure of the psychic apparatus to work out what happens in the external reality. With the notion of trauma Freud anticipates what science now calls discontinuismo a concept to account for the real; ie the unknowable.

Keywords: discontinuismo Freud, psychoanalysis, psychology of consciousness, San Augustine, trauma.

UNA INTRODUCCIÓN ENIGMÁTICA

Lacan (1978, p.7), se pregunta: “¿Qué es la angustia?” y responde de la siguiente manera: “Hemos descartado que se trate de una emoción y para introducirla diré que es un afecto”. Aquí ya aparece una primera cuestión sobre la que podríamos ir interrogándonos; es decir, por qué Lacan sostiene que la angustia no es una emoción. Afirma que no es una emoción; pero, que sí es un afecto. ¿Qué diferencia, entonces, pretende conceptualizar entre emoción y afecto?

Dice Lacan (1978; p.7), sobre el final de la primera clase de su Seminario: “Lo que dije del afecto es que no está reprimido”. Esta afirmación también se torna problemática, en la medida que si suponemos que el afecto no está reprimido, podríamos llegar a sostener que no es inconsciente y si no lo es, ¿sería consciente?

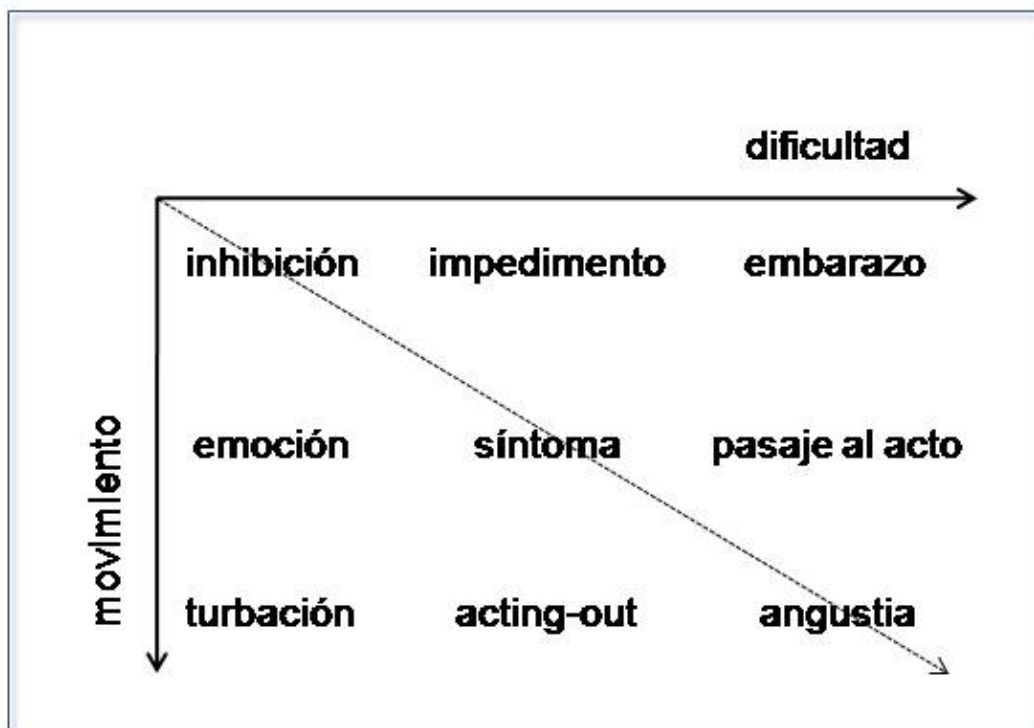
Vamos a puntualizar una tercera frase mucho más oscura y enigmática que las anteriores, en la que Lacan (1978; p.7), sostiene: “No he seguido el dogmático camino de hacer preceder por una teoría general de los afectos lo que tengo para decirles acerca de la angustia”. Si Lacan afirma que la angustia es un afecto, ¿por qué unas líneas más abajo dice que no va hacer un desarrollo acerca de los afectos para explicar la angustia? Y como si esto no fuera suficiente, termina

diciendo: “Porque aquí no somos psicólogos; sino que somos psicoanalistas” (Lacan 1978; p.7).

Con estas frases el psicoanalista francés esboza, entendemos que de manera premeditada, una serie de contradicciones que nos llevan a abrir un enigma, una pregunta, acerca de la teoría de los afectos y por eso resulta importante dar una respuesta.

A lo largo de la primera clase del *seminario 10*, Lacan desarrolla un cuadro de doble entrada (Ver figura 1) construido a partir del escrito *Inhibición, síntoma y angustia* (Freud, 1973), En ese cuadro de doble entrada aparece la noción de emoción, el psicoanalista francés no la exhaustiva completamente y queda allí pa-

Figura 1. Cuadro de introducción a la angustia



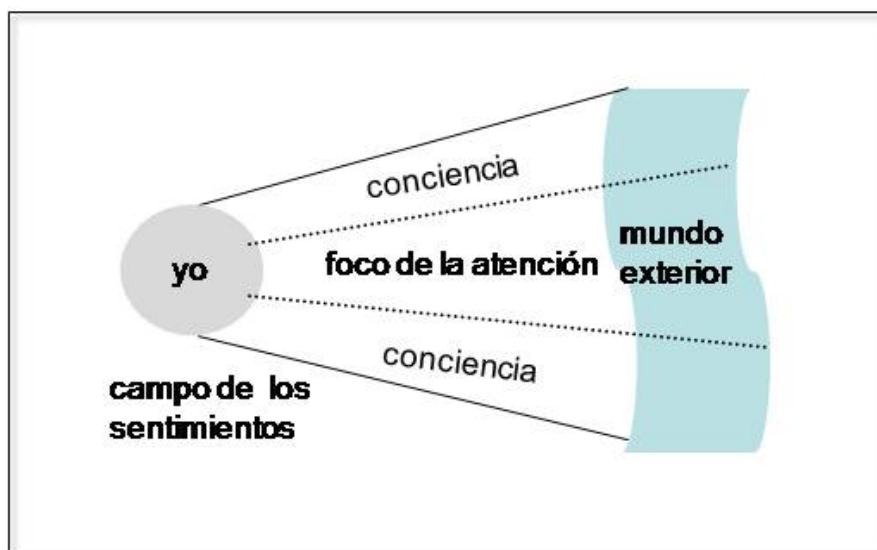
ra ser interrogada. Lo mismo sucede con el concepto de afecto. Lacan (1978; p.7), dice: "Aquí no somos psicólogos, somos psicoanalistas"; cuestión que tampoco desarrolla, ni explicita. En este punto parece importante tratar de entender la relación que podría existir entre las nociones de afecto, emoción y sentimiento.

No se nos pasa por alto que estos conceptos son utilizados constantemente en el lenguaje ordinario. Tal vez se trate de lo que el epistemólogo Thomas Kuhn (1971), sostiene. Él afirma que en las expresiones cotidianas hay algo así como sedimentos de muchos conceptos que formaban parte de las teorías científicas; pero, poco a poco, con el tiempo y con el uso, se fueron incorporando al lenguaje.

LAS CONFESIONES DE SAN AGUSTÍN

La hipótesis –que pretendemos desarrollar- es que Lacan se va a referir a la psicología de la conciencia. El psicoanalista francés está apuntando a una psicología que podría ser ubicada en distintos lugares de la historia del pensamiento; pero, entendemos que el lugar principal donde podríamos referenciarlo es en la psicología de San Agustín (2010), una psicología del siglo V que aparece explicitada en un texto que lleva por nombre: *Las confesiones*. Es sorprendente cómo en un texto del siglo V aparecen todas estas nociones que hoy están tan en boga. Vamos a tratar de esquematizar este desarrollo que el autor realiza sobre la conciencia y los afectos (Ver figura 2).

En principio, aparece un yo que se dirige hacia el mundo exterior. El yo no modifica el mundo exterior, ya que se trata de un proceso intelectual; lo que sí puede llegar a hacer el yo es tomar representaciones del mundo exterior. Aquí aparece otra noción, que posee también una gran tradición en el campo de la psicología, la noción de representación. El yo puede representar ese mundo exterior

Figura 2. El yo y el mundo exterior

y lo recrea en un ámbito que llamamos conciencia. En el campo de la conciencia el yo puede dirigirse hacia el mundo exterior a través de una función específica denominada atención. En el esquema podemos ver el campo de la conciencia y la focalización de la conciencia a través de la atención.

Ahora bien, así como podemos dirigir estos procesos intelectuales hacia el mundo exterior, el mundo exterior puede operar sobre el yo y la conciencia y de hecho lo hace. ¿Cómo se denomina a este proceso? Afecto. Todos los sucesos del mundo exterior provocan en el yo, en mayor o menor medida, un proceso afectivo; incluso, cuando utilizamos el lenguaje cotidiano decimos: nos afecta.

El yo se dirige al mundo exterior en términos de procesos intelectuales y el mundo exterior influye al yo en términos de afectos. La cuestión es que este yo se va haciendo partícipe de alegrías y/o tristezas que provienen del mundo exterior y en la medida en que el yo va siendo afectado, constituye un reservorio de afectos, ese reservorio constituye el campo de los sentimientos (Ver figura 2).

No se nos pasa por alto la actualidad que poseen todas estas definiciones. Sin embargo, están planteadas en estos términos a partir del siglo V. Esto quiere decir que la teorización agustiniana se ha trasladado a nuestro lenguaje y a nuestra ciencia. En el momento en que la teorización agustiniana queda incluida, ab-

sorbida, en el campo del lenguaje, una vez que esto sucede, ¿en qué medida esta psicología del yo no se termina deslizando e influyendo a la teoría psicoanalítica? ¿Cuál sería el inconveniente de que se produzca ese deslizamiento? Sucede que en el planteo agustiniano lo inconsciente no está formulado. En la psicología de San Agustín existen una serie de nociones: afecto, representación, sentimiento; ninguna de ellas alude a lo inconsciente.

La pregunta epistemológica que debemos formularnos es la siguiente: se realiza una extrapolación de ciertas nociones que aparecen en el terreno de la psicología agustiniana y se las lleva al campo del psicoanálisis. Ahora bien, ¿las nociones conservan su significación, o se resignifican? Si se trata de esto último; es decir, si las nociones adquieren una nueva significación, ¿cuál es? Estamos ante un grave y complejo problema porque el nombre de las nociones permanece inalterable: afecto, representación, sentimiento; sin embargo, una cosa es lo que esas nociones significaban en el campo de una psicología concebida en el siglo V y otra cosa es lo que pueden significar a comienzos del siglo XX, cuando se empieza a desarrollar una nueva disciplina llamada psicoanálisis.

Otra hipótesis podría ser pensar que la extrapolación de los conceptos no produjera ninguna modificación en sus significados. Si así fuera la psicología agustiniana y el psicoanálisis quedarían emparentados; sin embargo, la psicología de San Agustín no hace referencia a lo inconsciente. Estamos ante un problema complejo y entendemos que Lacan ha sabido ubicar el nudo del problema porque el seminario *La angustia* es crucial para entender este pasaje de la psicología de los afectos al afecto en psicoanálisis.

DE LA PSICOLOGÍA DE LOS AFECTOS AL AFECTO EN PSICOANÁLISIS

Vamos a intentar un retorno a las fuentes de la cuestión, siempre desde una orientación lacaniana; esto quiere decir que Lacan nos brinda las claves como para poder revisar ciertos textos de Freud que se tornan clásicos. La hipótesis de trabajo es seguir las formalizaciones lacanianas sobre la obra de Freud. El campo de operaciones serán los textos de Freud y sobre ellos intentaremos una lectura lacaniana.

Contamos con un escrito fundamental para entender estas cuestiones, se trata del *Proyecto de una psicología para neurólogos*. Freud (1973), Como el padre del psicoanálisis no quiso publicar este texto, no tenía título. De allí que su autor se refiriera a él en términos de *cuadernos*, o *psicología para neurólogos*; o *fi*, *psi* y *omega*. Estos son los títulos que van apareciendo en la correspondencia; pero, el original no estaba titulado y va a aparecer publicado en 1950, con posterioridad a la desaparición física de Freud, acaecida en 1939. La primera cuestión que podríamos pensar es por qué Freud decide no publicar este artículo.

Existe un mito, el *mito de Ícaro*. Resulta que Dédalo fabrica un laberinto para el rey de Creta y luego de terminarlo se encuentra con que el monarca decide encerrarlo allí. Dédalo planea escapar, para lo cual fabrica unas alas y de esta manera huye del laberinto llevando también a su hijo Ícaro. Fascinado por la libertad, por la posibilidad de volar y desoyendo los consejos del padre, Ícaro remonta vuelo; pero como las alas estaban hechas de cera, al tomar demasiada altura, el sol las derrite e Ícaro cae al mar. La lectura que se suele hacer del mito es que el sol, que aparece en el lugar de la verdad, tiene límites infranqueables. En 1895, momento en que Freud (1973), escribe el *Proyecto de una psicología para neurólogos* tiene una gran transferencia con Fliess, con la ciencia y con la escritura. De allí que podríamos llegar a pensar que con el *Proyecto*, Freud también tomó demasiado vuelo y para no terminar como Ícaro decide que este escrito permanezca en tierra, más concretamente, en un cajón de su escritorio. En el *Proyecto* había demasiadas verdades, tanto es así que este texto sigue conservando una llamativa vigencia a lo largo de todo el desarrollo de su obra.

El *Proyecto de una psicología para neurólogos* (Freud, 1973), es un texto de lectura compleja; pero si se consiguen descifrar ciertas claves, su lectura resulta apasionante y esencial, porque en él Freud logra empezar a concebir el psicoanálisis y ésta era una verdad acuciante. La hipótesis que aparece en el texto es que existe un conjunto de neuronas que reciben desde afuera una cantidad de energía, una magnitud de excitación. Las neuronas *fi* se encargan de recepcionar esa magnitud de excitación y conducirla hacia las neuronas *psi*. En el *Proyecto* (Freud, 1973), aparece un juego intersistémico que tiene como misión conducir

esa ener-gía que ingresa desde afuera. En este punto Freud habla del principio de inercia, cuyo objetivo es tomar la energía que ingresa al aparato y reducirla a cero. La cuestión es que el funcionamiento neuronal necesita ir complejizándose porque hasta aquí es demasiado sencillo y la sencillez no permitiría la continuidad del funcionamiento; es decir, que si las neuronas logran su cometido que es la descarga de esa energía, la descarga equivale a la muerte de la neurona. Se torna necesario que el funcionamiento neuronal se complejice de tal forma que la neurona pueda conservar una cantidad de energía de manera permanente. Esa conservación de energía aseguraría la continuación de la vida de la neurona. Este es el punto donde el principio de inercia da lugar al de constancia. Las neuronas necesitan resguardar una cantidad mínima y constante de energía para realizar ciertas operaciones de descarga sin que esto ponga en riesgo el funcionamiento neuronal.

En este punto Freud está realizando un planteo que difiere sustancialmente de la psicología clásica. En el desarrollo de la psicología agustiniana nos encontrábamos con un proceso intelectual que aprehendía el mundo exterior y un mundo exterior que afectaba al yo. De allí que se produjera una relación de complementariedad entre el yo y el mundo exterior, entre lo intelectual y lo afectivo. A esta relación podríamos denominarla –tomando un concepto posmoderno- como de continuidad.

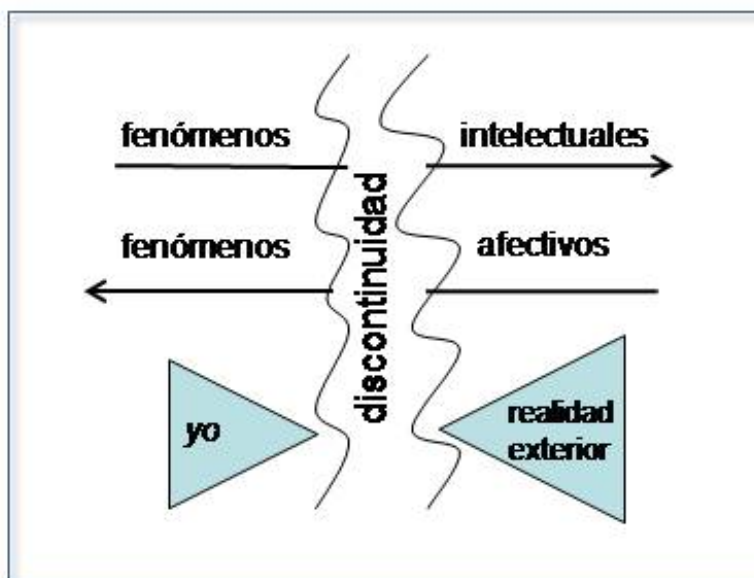
Pero, resulta que los principios de inercia y de constancia a pesar de hallarse presentes en el funcionamiento neuronal se tornan insuficientes para asegurar un equilibrio permanente en el aparato psíquico. Esto quiere decir que existe algo que, en el *Proyecto* (Freud, 1973), se denomina *Not des Lebens*, el apremio de la vida, que es como una esencia vital que hace que los humanos se encuentren arrojados en el mundo, en la vida, sin poder subsistir por sí mismos. ¿Cuánto tiempo necesita ese mamífero llamado humano para aprender a alimentarse por sí mismo? Es a todas luces evidente que el humano no puede esperar el tiempo que duraría ese aprendizaje. A ese apremio se lo denomina: *Not des Lebens*.

Vamos tratando de sacar algunas conclusiones. El apremio de la vida encuentra al humano indefenso, el humano no se halla en condiciones de sobrevivir. Todo esto

nos lleva a cuestionar el planteo concienialista acerca de que exista una relación positiva entre el yo, la conciencia y el mundo exterior. En el desarrollo freudiano la relación entre el humano y el mundo exterior es un desencuentro. En términos de lo que leemos en el *Proyecto* (Freud, 1973), el niño no se encuentra con el mundo exterior; en realidad, el niño se encuentra con otro y ese otro sí puede responder al apremio de la vida. A ese Otro que resguarda al niño de la indefensión Freud lo denomina Otro (con "O" mayúscula). Lacan debe haber reparado en esto y conceptualiza también "su" *Otro*, con una "A" mayúscula: *Autre*.

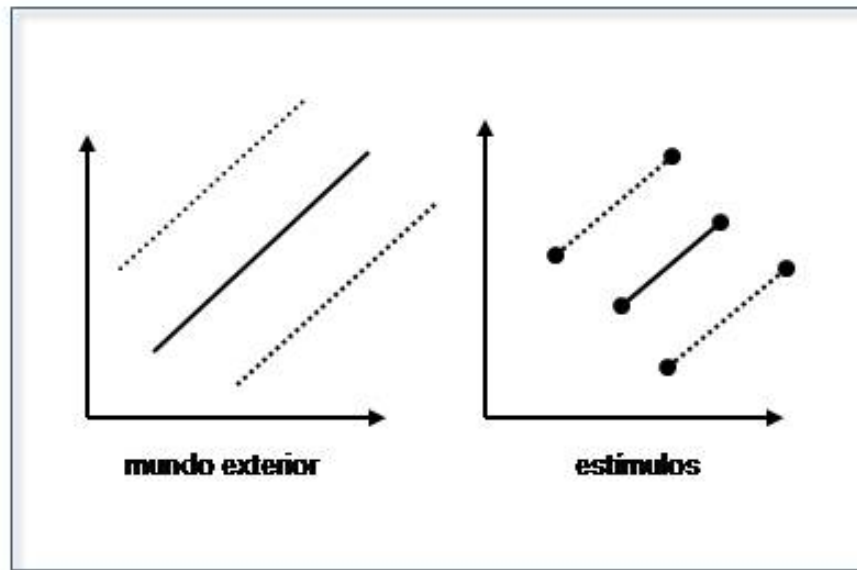
Vemos en la figura 3 cómo se produce la *discontinuidad* entre los fenómenos intelectuales y los afectivos. ¿Cómo da cuenta Freud de la discontinuidad? ¿Cómo hace para poder llegar a criticar la teoría concienialista? Hasta el siglo XIX toda psicología venía funcionando de forma experimental, de manera cuasi filosófica. Freud, por su condición de médico, se encuentra atendiendo pacientes y son esos pacientes los que le enseñan que el campo de la psicología se torna insuficiente para entender qué les sucede. Y lo que les sucede es lo que hemos conocido con el nombre de trauma. El trauma es –en definitiva– un desencuentro entre lo intelectual y lo afectivo.

Figura 3. Ubicación de la discontinuidad



Observamos en la figura 3 el esquema y decimos que el trauma podría ser pensado en el lugar donde aparece la ruptura de la continuidad. El trauma es –en términos históricos- el nombre que se le daba a lo que en la actualidad llamamos discontinuidad. La idea de trauma retorna en el presente bajo la denominación de discontinuidad y aparece –actualmente- trabajada por físicos, biólogos, filósofos de la ciencia, etc. ¿Qué supone la idea de discontinuidad? Se trata de una energía que puja por ingresar a un aparato y produce una situación de caos. El aparato queda desbordado debido a la imposibilidad de organizarse y organizar esa cantidad.

Dejamos constancia que, en rigor, la noción de discontinuidad surge de un desarrollo de Freud y por la importancia que tiene consignamos que en un apartado del *Proyecto*, denominado *Funcionamiento del aparato*, nos encontramos con un gráfico de la producción del fundador del psicoanálisis donde plantea el mundo exterior y lo hace como un continuo que tiene dos direcciones.

Figura 4. Reformulación del yo y el mundo exterior

En el mundo exterior las cosas van transcurriendo por sí mismas. Luego pasa del gráfico del mundo exterior a otro gráfico donde describe los estímulos. ¿Qué sucede con éstos? En el gráfico de la figura 4 se aprecia perfectamente que los estímulos están segmentados; es decir, se registran y se interrumpen, se dejan de registrar; son estímulos discontinuos.

Una primera conclusión que podríamos ir sacando es que la noción de afecto, en la teoría freudiana, es consecuencia del trabajo clínico; segundo, que el funcionamiento psíquico se torna insuficiente para dar cuenta de lo que sucede en el mundo exterior y de allí –precisamente- surge la idea de trauma. El trauma es aquello que, de alguna manera, procede de la realidad y que el aparato psíquico se ve imposibilitado de tramitar, de procesar. Por eso fue tan complejo poder determinar si el trauma se originaba en una situación vivida o en el psiquismo del sujeto. Si la conciencia lograra capturar el mundo exterior y el yo pudiera procesar de manera continua y sostenida lo que viene de afuera, entonces, no habría trauma.

Volvemos a formular la idea: cuando el afecto proveniente del exterior supera y desborda ciertos límites, se produce la discontinuidad y esa ruptura –para decirlo

de una manera tentativa- no es devuelta al mundo exterior. Lo que sucede es que habiendo sido imposible su incorporación, su procesamiento, no es devuelta al mundo exterior; sino que es incorporada al aparato. Esto tiene un estatuto paradójico: la imposibilidad del aparato psíquico de incorporar el afecto es incorporada. Surge la noción de inconsciente. Este es el punto donde Freud se encuentra con la necesidad de dar una respuesta teórica a estos problemas clínicos. Vamos a analizar un párrafo más para que el lector evalúe porqué afirmábamos que Freud era un adelantado. Leemos en *El Proyecto de una psicología para neurólogos* (Freud, 1973, p.236), "Mientras que los procesos forman en el mundo exterior un continuo bidireccional ordenado de acuerdo con la cantidad, los estímulos que les corresponden se hallan de acuerdo con la cantidad, reducidos primero y luego limitados por selección, y en cuanto a su cualidad son *discontinuos...*". (Bastardillas nuestras) Freud plantea la discontinuidad de lo psíquico respecto de lo que afecta, respecto de lo que procede del mundo exterior. Tanto Kuhn (1971), como Popper (1973), rechazan el punto de vista de que la ciencia progresa por acumulación; en lugar de ello, ambos ponen el acento en el proceso revolucionario mediante el cual una teoría es refutada y sustituida por una nueva. Estos epistemólogos subrayan el papel que en este proceso juega el eventual fracaso; es decir, donde se produce la discontinuidad de la vieja teoría frente a los desafíos que le imponen la lógica, la experimentación y la observación.

LA PERCEPCIÓN ES A-PERCEPCIÓN

Retornamos, entonces, al problema de la significación, al problema de la ideología. Se rompe la relación entre el yo y el mundo exterior, el sujeto y el objeto; pero, entonces, ¿cómo hace el yo para percibir lo que afecta?

Se abre la cuestión epistemológica acerca de cómo conciliamos la psicología agustiniana con el psicoanálisis, ¿hasta qué punto esas dos disciplinas se articulan y dónde se diferencian? Por una parte, Freud sigue trabajando la idea de afecto como aquello que puede ser percibido. Por la otra, este campo dual se fractura e ingresamos en la idea de discontinuismo. Nos parece que el problema de la lectura del texto de Freud es que trabaja esa doble vertiente: Por un lado el

afecto como aquello que puede ser percibido, como lo que puede llegar a formar parte del campo de los sentimientos. Por otro lado, esta otra idea de que el yo no puede dar cuenta del afecto.

Por eso, la primera hipótesis de Freud (1973), que surge en el *Proyecto* aparece planteada en términos de cantidad, no de cualidad. En un apartado muy interesante del *Proyecto de una psicología para neurólogos* denominado *La vivencia de dolor*, (Freud, 1973; p.231), surge la idea de que existe un dolor que no es percibido como dolor. Nos podríamos preguntar, entonces, ¿qué consecuencias acarrea ese dolor? Respondemos: La fuga del organismo. El estímulo ingresa a través de las neuronas *fi* y continúa por *psi* arribando a los procesos efectores o motores.

Podemos decir, entonces, que frente al dolor existe una respuesta motora que no se memoriza. Cuestión que nos lleva a revisar ese dicho popular que dice: “El que se quemó con leche ve una vaca y llora”. En base a lo que entendemos del *Proyecto* (Freud, 1973), tendríamos que decir que alguien se quema y una forma de responder puede ser retirar la mano. La respuesta viene por el lado de la fuga, la respuesta es reacción motora.

Ahora bien, que exista una respuesta motora no significa –necesariamente- que ella vaya a ser registrada y memorizada porque el registro y la posibilidad de inscribir esa respuesta en la memoria requiere que el funcionamiento neuronal pueda desarrollarse de otra manera; esto quiere decir que haya habido un desplazamiento de *fi* a *psi* y de *psi* a *omega*. Este último encadenamiento es fundamental, ya que cuando el desplazamiento cuantitativo llega a *omega* se cualifica. Cualificación quiere decir posibilidad de inscripción y por ende, memorización.

Nos encontramos con una respuesta que primero se lleva a cabo a través de la fuga; de allí que sostengamos una afirmación compleja: Que dicha respuesta se realiza por fuera del psiquismo. Cuando el dolor además de expresarse a través de la fuga del organismo puede derivar hacia *omega*, nos encontramos con que ya no hay sólo dolor, sino vivencia de dolor. Estamos ante un afecto que afecta en lo psíquico: el sentimiento. Por otra parte, nos encontramos ante un afecto que no afecta al yo porque circula en términos de cantidad a través de *fi* y *psi*. Estos desa-

rollos que aparecen en el *Proyecto* son imprescindibles para poder desimaginari-
zar esta cuestión tan fuerte que sostiene que cuando aparece un afecto, desde el
punto de vista de los sentimientos, el yo siempre sabe que es lo que lo afecta.

Existe una bisagra entre dos textos como son el *Proyecto de una psicología para
neurólogos* (Freud, 1973), y *Más allá del principio del placer* (Freud, 1973), para
entender que existe un dolor que no es percibido como dolor por el aparato
psíquico. Ese dolor circula como cantidad por las vías motoras. Ciertas ideas del
Proyecto son retomadas en 1920 por Freud en *Más allá del principio del placer* y le
permiten pensar los fenómenos de la repetición; es decir, que lo que se repite no
es –como se suele pensar- algo que retorna. Esta es una concepción psicológica
de la repetición. Para Freud lo que se repite es lo que no ha sido inscripto, lo que
nunca se inscribió.

¿Se percibe entonces que el lenguaje nos puede llegar a confundir? Porque
tenemos que utilizar términos que poseen una fuerte significación. Estaríamos
empleando nociones que suponemos psicoanalíticas; pero que, en realidad, están
fuertemente emparentadas con la psicología agustiniana. La repetición, entonces,
es repetición de algo que no se inscribió; por lo tanto no es repetición. Cada una
de las repeticiones es –en sentido estricto- la primera vez. De repetición –en
términos psicoanalíticos- podemos hablar cuando la cantidad se cualifica, cuando
el funcionamiento neuronal arriba a *omega*.

En un texto de 1896 que lleva por nombre *Nuevas observaciones sobre las
neuropsicosis de defensa* (Freud, 1973), el padre del psicoanálisis va a tratar de
explicar lo que sucede en la histeria, la neurosis obsesiva, etc. a partir de pensar
lo que sucede en torno a las representaciones y lo que acontece con la excitación,
con lo que llama aquí monto de afecto. Cuando Freud (1973), desarrolla el
Proyecto se refiere a la cantidad de términos de magnitudes de excitación, cuando
desarrolla *Las neuropsicosis de defensa*, escrito en 1894 y *Nuevas observaciones
a las neuropsicosis de defensa*, en 1896, se expresa en términos de monto de
afecto.

En estos dos últimos textos Freud (1973), dice claramente que va asimilar
magnitud de excitación a monto de afecto. Ahora, cuando Freud introduce el con-

cepto de pulsión, las nociones de magnitud de excitación y monto de afecto desaparecen del vocabulario psicoanalítico. Podríamos decir que así como existe una lógica entre excitación y afecto, existe también una lógica entre afecto y pulsión. No estamos afirmando que todas estas nociones puedan ser homologadas; sino que, tienen una historicidad y una lógica.

El psicoanalista vienés introduce la noción de pulsión en 1905, en *Tres ensayos para una teoría sexual*. (Freud, 1973), Él está pensando que al niño lo erotiza la madre. Freud aclara que es una erotización casual producida por los cuidados maternos relativos a la higiene. La madre lava al niño, lo seca, le pone talco y ese cuidado produce un plus que tiene que ver con la erotización. Resulta interesante el movimiento que se da en el vocabulario. Freud deja de hablar de excitación, que en alemán es *Reiz*, e introduce la noción de pulsión, *Trieb*; por otra parte, Freud (1973), le atribuye características a la pulsión de la cual la excitación pasa a ser una de ellas. Las caricias de la madre más el hecho de que ciertas partes del cuerpo tienen una predisposición fisiológica generan una tensión, una excitación. La cantidad ya no aparece asociada a las neuronas como en el *Proyecto*, o asociada a las representaciones como en *Las neuropsicosis de defensa*; sino que ahora la excitación aparece localizada en la zona erógena y es producida por la erotización de la madre.

DEL AFECTO A LA *TRIEB*

Con relación a la lógica que existe entre las nociones de afecto y pulsión podríamos llegar a decir que a partir de *Tres ensayos para una teoría sexual* (Freud, 1973), utiliza de manera sistemática la noción de pulsión como un intento de describir, de conceptualizar, la sexualidad humana. Las nociones de afecto y magnitud de excitación pasan a formar parte de lo que se conoce como la prehistoria de la noción de pulsión. La pulsión es el *Reiz*, la excitación; pero además es la zona erógena, la fuente, el lugar donde supuestamente se origina el recorrido pulsional y acá aparece la complejización, porque Freud (1973), dice en 1915, en *Los instintos y sus destinos* que el fin de la pulsión es buscar un objeto en el cual satisfacerse y bajar esa tensión. Tres características, entonces, de la

pulsión: fuente, fin y objeto. Lo que Freud todavía no termina de caracterizar es cómo va a llamar a esta suma de excitación, a este monto de afecto, a este *Reiz*. Esto recién lo va a poder definir en 1915, en *Los instintos y sus destinos*, cuando a esa cantidad la denomina *Drang*, noción que Ballesteros traduce como perentoriedad y Etcheverry como empuje. Debemos subrayar esta fractura, este quiebre, que se produce en la continuidad entre el modo afectivo y el intelectual y decimos que pretendemos destacarlo porque existe un punto en el cual el valor inquietante, subversivo, del descubrimiento freudiano parece diluirse y perder su importancia.

Un autor que Freud lee y estudia es Emmanuel Kant, se trata de un filósofo alemán del siglo XVIII que, entre otras cuestiones, trabaja sobre las formulaciones de Nicolás Copérnico, un astrónomo polaco que vivió entre los siglos XV y XVI. Copérnico estudia la esfera celeste y se da cuenta que algunos astros permanecen fijos en el cielo y otros realizan dos tipos de movimiento. Hasta antes de Copérnico se suponía que existían esferas celestes dentro de las cuales se desarrollaban ciertos movimientos. Esto no era posible de ser demostrado. Esto a Copérnico en su afán científico no lo convence. Él piensa que la tierra no está fija, de allí que suponga que los movimientos de los astros pueden ser explicados a partir del movimiento de la tierra y esto sí se demostraba matemáticamente. Esta idea de Copérnico nos pareció muy interesante porque alguna vez pudimos llegar a intuir algo de este orden, lo podríamos llamar: *La cocina del descubrimiento copernicano*. A quién no le ha pasado estar en una estación terminal que puede ser Retiro, o Constitución. Allí están los trenes en el andén, elegimos aquel en el que vamos a viajar, nos sentamos, nos ponemos a leer el diario así la espera resulta más sencilla y de pronto percibimos que el tren que está al lado arranca, se mueve. Pero, resulta que el tren de al lado no se mueve; sino que el que se mueve es el tren en el que estamos sentados. Esta es la forma en que percibimos los seres humanos (Kant, 1981).

Volvemos a enunciar, entonces, que no existe una continuidad entre el yo y el mundo exterior; lo que ocurre en el yo es pasible de ser leído no a partir de lo que el yo percibe; sino a partir de lo que se puede calcular del mundo exterior.

Observando el movimiento de los astros Copérnico calcula que es la tierra la que se mueve. No se puede percibir el movimiento de la tierra, lo que se percibe –en todo caso- es que los astros se mueven y a partir de calcular ese movimiento se concluye sobre lo que puede estar pasando en la tierra. En este punto podemos decir que en lo que hace a la investigación científica hemos dado un paso muy importante ya que de tener a la observación como método privilegiado de estudio nos hemos desplazado al cálculo. Incorporando lo que hemos venido desarrollando podemos llegar a decir que no existe pasaje de la observación al cálculo sin pasaje de la continuidad a la discontinuidad. Esto es muy sucintamente lo que Kant toma de Copérnico y lo que Freud privilegia de Kant.

Después de este recorrido, vamos a tratar de fijar un concepto: que la noción de afecto en la obra de Freud nos permite destacar esta idea de discontinuidad y la idea de discontinuidad nos lleva a tener que conjeturar sobre lo que pasa en el campo de la realidad, no trabajamos con una observación ingenua, basada en la percepción, la atención, la voluntad, etc.; sino que recurrimos a la experimentación y el cálculo.

UNA VIÑETA CLÍNICA

Ahora bien, ¿cómo se puede pensar el discontinuismo en la clínica? Vamos a desarrollar de manera breve una viñeta clínica que ya fue publicada en *El cuerpo herido* (Becerra, 1992), así que pese a que no es novedosa suponemos que sigue teniendo alguna vigencia. Resulta que una muchacha consulta porque quiere iniciar un análisis. Narra que tiene como pareja a un hombre que se ha separado y que de la unión con su ex mujer tiene una hija. Esto a la joven le produce una gran insatisfacción ya que vive pendiente de si durante el fin de semana va a poder estar a solas con su pareja o si van a tener que compartir el departamento con la hija de él. En un momento de la entrevista habla de dos análisis y dos viajes; se le pregunta cómo suceden estos hechos cronológicamente hablando. Ella se queda en silencio y luego de un rato manifiesta que no lo había pensado; pero ahora cae en la cuenta que con cada viaje había interrumpido un análisis.

Aquí aparece algo francamente interesante, ¿cómo puede ser que una persona interrumpa su tratamiento y luego realice un viaje sin tener idea de lo que hace? La cuestión es que allí donde era de esperar alguna idea, alguna palabra acerca de lo sucedido, lo que la muchacha termina diciendo es que “no lo había pensado”. Entendemos que aquí aparece este tema que hemos tratado de agotar: la cuestión de la cantidad, el monto de afecto, la magnitud de excitación; en fin, la pulsión. ¿Por qué la muchacha no explica lo de los análisis interrumpidos, lo de los viajes? Lo que ella dice es que no lo había pensado, no había pensado en lo que hizo. En términos de lo que venimos desarrollando diríamos que existe algo que se expresa en términos cantidad, no de cualidad. Nuestra joven responde en el campo de la acción, del hacer, no del decir.

En otra entrevista afirma que había intentado iniciar un análisis, fue a ver a un psicoanalista que le recomendaron, realiza un par de entrevistas y en un momento parece ser que el profesional le dice que puede comenzar el análisis, que se recueste en el diván. Entonces, ella dice que le dijo textualmente:

“No voy a seguir viniendo”

Y efectivamente, concretamente, la muchacha no vuelve. Aquí aparece algo que se manifiesta no en términos de cualidad; sino de cantidad. Otra forma de decirlo sería afirmar que algo se manifiesta en términos de magnitud de excitación, o en términos de monto de afecto.

En este punto debemos realizar ciertas operaciones que podrían ser equiparables a lo que mencionábamos más arriba relativo al cálculo. Nos trasladamos del campo de la teoría al de la clínica psicoanalítica y allí nos encontramos con alguien que pide análisis; pero no nos manejamos sólo con ese dato producto de una escucha ingenua, tratamos de realizar una operación de cálculo, de especulación. ¿Qué es calcular? Es no quedarnos –simplemente- con el dato observable, con lo que la muchacha dice. Se trata de entender lo que relata respecto de lo que pasó con ese otro psicoanalista cuando le dice: “No voy a seguir viniendo”. Porque si esa frase se hubiera inscripto en el aparato psíquico –

acá tenemos que seguir el *Proyecto-* (Freud, 1973), lo hubiera hecho en términos de cualidad (*omega*). Si la acción que la paciente describe se hubiera inscripto en su aparato psíquico, tendría que manejarse respecto del tiempo y el espacio de otra forma; es decir, ella tendría que haber utilizado un verbo que le permitiera dar cuenta de ese otro lugar y ese otro tiempo en el cual transcurrió la acción relatada. Cuando ella se dirige al psicoanalista para dar cuenta de lo que pasó con ese *otro* psicoanalista tendría que haber dicho:

“No voy a seguir yendo”

El “viniendo” es un gerundio que actualiza el verbo, le da plena vigencia, se trata de un presente continuo. Claro que el lector podría sostener: “Tal vez, se trata de una simple equivocación” y no podríamos dejar de admitir que tal vez tuviera razón respecto de la objeción que realiza. En este punto es que hablamos del psicoanálisis como una disciplina discontinuista; esto quiere decir que en el momento que debemos analizar algo no contamos con todos los elementos que juegan en la estructura; sin embargo, debemos sacar algunas conclusiones y por eso no podemos dejar de calcular.

Luego de haber admitido que podría tratarse de un error, insistimos en que la *equivocación* de la muchacha parece tener cierta coherencia por el hecho de estar respondiendo constantemente desde el campo de la acción: Hizo dos análisis y los interrumpió con sendos viajes, todo esto –dice ella textualmente- sin haberse dado cuenta de ello. Existe una fractura entre lo que hace y lo que dice y el psicoanalista que se pregunta: ¿Se querrá analizar, o no? ¿Estará diciendo que se quiere analizar, o estará avisando que no va a seguir viniendo? La joven se indigna con ese otro y lo increpa: “¿Me va a tomar en análisis, o no? Porque si usted no me quiere analizar no vengo más y listo”.

Del lado del analista surge la pregunta acerca de si existirá posibilidad de análisis, o no. El psicoanalista no sabe y la muchacha no sabe que el psicoanalista no sabe. En este punto se inaugura el pasaje desde la psicología agustiniana hacia el psicoanálisis. En el terreno de la psicología existiría la posibilidad de establecer un

saber *a-priori*, un conocimiento acerca de lo que le pasa al otro y consecuentemente la posibilidad de operar con esos datos, la técnica. En el terreno del psicoanálisis al no poder establecer un saber y consecuentemente un saber hacer, es preciso recurrir al cálculo.

Volvamos al punto de la duda acerca de si esta persona era analizable, o no. Como ella había dicho que se había ido de viaje en dos ocasiones interrumpiendo sendos análisis y ante la posibilidad de iniciar otro análisis nuevamente se había vuelto a escapar. Una cuestión para destacar es que este profesional al que concurre la muchacha en última instancia se define –ideológicamente- como psicoanalista; sin embargo, en el terreno de la práctica trabaja desde una ciencia positivista; es decir, con la posibilidad de establecer certezas y operar con ellas. En definitiva, su práctica no permite que la paciente se analice; es decir, consulte consigo misma si realmente quiere analizarse. Este psicoanalista da por hecho que la muchacha quiere lo que pide. Esto es producto del concienzialismo y del positivismo; el psicoanálisis opera de otra manera.

En determinado momento de las entrevistas decidimos formularle una pregunta que apunta no a lo que ella pide; es decir, a lo que ella dice; sino, a lo que ella hace: “¿Y usted por qué se va?”

Esta pregunta a pesar de ser una pregunta tan elemental, no puede ser respondida y –refresquemos lo que ha sido nuestro desarrollo. No puede responderla porque lo que ella hace es algo relativo a la cantidad, al monto de afecto, a la magnitud de excitación. La muchacha puede responder en términos de acción, en términos de irse o quedarse; pero no puede responder desde el campo del lenguaje; es decir, dar cuenta con palabras acerca de porqué siempre termina yéndose. Como lo que está en juego en este momento del aparato psíquico es la cantidad, el afecto, ella no puede verbalizar explicación alguna. Entonces, aparece su enojo porque ella dice que vino a pedir un análisis y el psicoanalista no le dice que sí, ni que no. Su enojo encubre el hecho de que no puede encontrar una respuesta a la pregunta formulada. Pero, a pesar de su queja, no termina yéndose.

DEL ACTING-OUT AL LENGUAJE

Después de asistir por –aproximadamente- dos meses al consultorio, la muchacha llega un día a la entrevista diciendo que estuvo pensando en la pregunta que se le había hecho y lo asombroso es que lo decía como si la pregunta se la hubieran formulado ayer no más y no cuando fue realizada. La chica termina diciendo que ella se va cuando... y allí arma una teoría acerca de porqué se va. El contenido de la teoría que ella arma es secundario, no porque la cualidad no importe, sucede que es mucho más importante lo que suceded con la cantidad, con el afecto. ¿Por qué es secundaria la teoría que ella arme? Porque mientras más rápido la olvide, mejor. En el mismo lugar donde colocó esa primera teoría va a ubicar una segunda y luego una tercera y así sucesivamente.

La cuestión es que la condición de asentamiento de una segunda teoría es que la primera haya sido olvidada, la segunda se asienta sobre el olvido de la primera. Lo que nos interesa fundamentalmente en la dirección de la cura y teniendo en cuenta un texto fundamental, de 1914, como es *Recuerdo, repetición y elaboración* (Freud, 1973), es que cuando la muchacha arma una teoría, cuando ella explica porqué se fue, es porque se ha dejado de ir. En términos de cualidad aparece una verbalización; en términos de cantidad, el cese de una acción: Irse. Este es el punto donde ella parece haber decidido apostar a la palabra en lugar de la fuga; este es el punto donde se le formula que puede empezar su análisis. Desde una perspectiva clínica podemos hablar del pasaje de la cantidad a la cualidad, del afecto a la representación, de la pulsión a la fantasía.

Cuando la paciente llega a la entrevista y dijo que estuvo pensando en la pregunta que se le había formulado; aunque en ningún momento dijo haber tenido algún sentimiento parecido a la angustia, allí marcaríamos algo relativo a la angustia. ¿Por qué? Porque el psicoanalista vienés dice en la última parte de un escrito producido en 1920 -*Más allá del principio del placer*- (Freud, 1973, pp.2540-41), que nunca existió un placer más infinito que aquel que pudo ser expresado en términos de cantidad, ese placer infinito al cual se refiere es lo que Lacan (1992, 1995), conceptualiza como goce. Cuando alguien se siente ofendido por su vecino puede suceder que responda de manera violenta: una piña, un palazo. La

respuesta del vecino se expresa en términos de cantidad. Volvamos a la viñeta clínica, cuando la paciente decide dejar de fugarse; en lugar de expresarse de manera motriz, lo hace verbalmente. La paciente está realizando un giro muy importante: ¡Está resignando goce! Cuando pone en palabras en lugar de correr, - aunque la palabra también tiene un estatuto motriz, esa es otra cuestión- hay una pérdida de goce. La palabra nunca le va a deparar al sujeto el goce que le brindaba la fuga. La resignación de goce tiene que ver con la *angustia*. Esto está también planteado en *El porvenir de una ilusión* (Freud, 1973), y en *El malestar en la cultura* (Freud, 1973), Al suscribir el contrato de vivir en sociedad el sujeto debe resignar cuestiones instintivas, violentas y egocéntricas y eso –justamente- produce malestar. Estamos planteando –entonces- que la angustia es el testimonio fundamental de que hubo un cambio de posición en la paciente.

EL RECORRIDO DE UN PSICOANÁLISIS

El concepto de goce en la obra del psicoanalista francés (Lacan, 1992, 1995), es una teorización con la que intenta destacar y resumir ciertas conceptualizaciones freudianas. Freud desarrolla su teoría pulsional a partir de una teoría de los instintos, la extrapolación del campo de los instintos al de las pulsiones es complejísima. Este problema que encuentra Freud, de tener que armar una teoría a partir de otra está allanado –por lo menos en parte- por el desarrollo teórico de Lacan. Entonces, expresado en términos de goce, cuando esta joven deja de irse, deja de fugar, para verbalizar una causa acerca de por qué se va, allí se produce un acotamiento de goce. Ella pone en funcionamiento el principio de placer. En términos de Lacan, el placer limita el goce. El goce es desalojado, en parte, y se instala el deseo; o sea, la castración freudiana.

Volvamos por un momento a la teorización del comienzo. Existe un mundo exterior que afecta y desborda el psiquismo. El psiquismo resulta insuficiente, el afecto desborda el aparato y la respuesta llega por el lado de la fuga. La fuga tenemos que pensarla como una respuesta que se da por fuera del psiquismo. El trabajo clínico impulsa a Freud a elaborar una teoría que no sólo de cuenta de lo que pasa

en el psiquismo; necesita también dar cuenta de lo que pasa en lo orgánico y por eso alude a lo neuronal.

Entendemos que el desarrollo realizado hasta aquí nos permite afirmar que el psicoanálisis no es simplemente una técnica más de la psicología; de allí que el psicoanálisis toma una entidad tal que mueven a la literatura, la filosofía, la antropología, etc. a interesarse por su teoría. Por otra parte, el psicoanálisis se interesa por lo que sucede con la representación que es el campo propio de la lógica y estudia también el objeto que es el terreno propio de la ontología. El psicoanálisis tiene vinculaciones interdisciplinarias con la psicología, con la lógica, con la ontología y con el resto de las ciencias, sin que eso signifique que el psicoanálisis pretende encarnar un saber totalizante, muy por el contrario, el discontinuismo da cuenta de que lo real se hace presente en la estructura. Lo real es la imposibilidad de saber de antemano si la paciente (ahora sí la podríamos llamar de esa forma) iba a poder analizarse. Esto es lo que permite el psicoanálisis: Que la imposibilidad de conocimiento de lugar al saber.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Becerra, H. (1992) ***El cuerpo herido. Ensayos sobre el goce, la ética y la transmisión del psicoanálisis.*** Buenos Aires: Catálogos.
- Freud, S. (1973) ***Las neuropsicosis de defensa*** en Obras completas, tomo I. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1973) ***Proyecto de una psicología para neurólogos*** en Obras completas, tomo I. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1973) ***Nuevas observaciones sobre las neuropsicosis de defensa*** en Obras completas, tomo I. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1973) ***Tres ensayos para una teoría sexual*** en Obras completas, tomo II. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1973) ***Recuerdo, repetición y elaboración*** en Obras completas, tomo II. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1973) ***Los instintos y sus destinos*** en Obras completas, tomo II. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1973) ***Más allá del principio del placer*** en Obras completas, tomo III. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1973) ***Inhibición, síntoma y angustia*** en Obras completas, tomo III. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1973) ***El porvenir de una ilusión*** en Obras completas, tomo III. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1973) ***El malestar en la cultura*** en Obras completas, tomo III. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Kant, E. (1981) ***Crítica de la razón pura.*** Buenos Aires: Losada.
- Kuhn, T. (1971) ***La estructura de las revoluciones científicas.*** México: Fondo de Cultura Económica.
- Lacan, J. (1978) ***Seminario La angustia.*** Impreso para circulación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, Argentina. Traducción: Irene M. Agoff.
- Lacan, J. (1992) ***El Seminario. El reverso del psicoanálisis. Libro 17.*** Ediciones Paidós.
- Lacan, J. (1995) ***El Seminario. Aún. Libro 20.*** Buenos Aires: Ediciones Paidós.

Popper, K. (1973) ***La lógica de la investigación científica***. Madrid: Tecnos.

San Agustín. (2010) ***Confesiones***. Madrid: Editorial Gredos.